

## “Vida y obra del Embajador Alfredo Luna Tobar”

---

Francisco Carrión Mena\*

Debo empezar esta breve intervención felicitando a la Academia Diplomática del Ecuador por haber organizado este acto. Nada más atinado que rendir homenaje y honrar la memoria de Alfredo Luna Tobar cuando se cumple un mes de su partida. No solamente los historiadores, los diplomáticos, los estudiosos de nuestro pasado y de nuestros derechos y los preocupados por nuestro futuro, sino todos los ecuatorianos, cuando aún nos sentimos de luto, debemos estar unidos en esta ceremonia de tributo justo y sentido. Resultaba imperativo para quienes tuvimos la fortuna de estar cerca de él en algún momento reunimos para poner de relieve y recordar a una de las cimas del conocimiento y del amor a la Patria.

De ahí, mi especial reconocimiento al Director de la Academia Embajador Alejandro Suárez por invitarme a pronunciar unas palabras en este acto en el que mi presencia entiendo que obedece más a mi condición de admirador y, me atrevería a decir, de amigo de Alfredo Luna,

que a mi condición de Embajador o de ex Ministro de Relaciones Exteriores. Gracias por otorgarme este privilegio que con certeza podría hacerlo mejor otra persona con muchos más méritos que yo.

Reconozco que nunca me imaginé estar en una situación como ésta. Hablar delante de un auditorio tan elevado y numeroso, para enaltecer el talento y la memoria de quien para mí fue un referente en mi formación profesional, a quien admiré y aprecié como ser humano, a quien mucho le debo pero sobre todo a quien el Ecuador entero mucho le debe. No soy sino eso: un admirador de Alfredo Luna que por esas raras e inexplicables vueltas que da la vida me pone delante de Uds. para decir algo de ese hombre de excepción al cumplir un mes de su desaparición.

Esta casa, el Ministerio de Relaciones Exteriores, no es ni será la misma sin la presencia vital de Alfredo Luna. A pesar de que ya no la frecuentara tanto en los últimos años como lo hizo por décadas, su

---

\* Embajador de carrera del Servicio Exterior. Ex-Ministro de Relaciones Exteriores de la República del Ecuador

paso por el Servicio Exterior dejó un imborrable recuerdo para quienes abrazamos esta carrera.

No creo que haya una generación de diplomáticos reciente que no haya conocido a Alfredo Luna Tobar. Algunos habrán tenido la suerte de haberlo tratado personalmente -como es mi caso- y todos, estoy seguro, conocerlo a través de sus escritos. Pocos serán los que nunca habrán tenido en sus manos algunas de sus obras, en particular una de las tantas ediciones del “Derecho Territorial Ecuatoriano”, esa especie de Biblia de la historia de límites que tanto nos enseñó a conocer nuestro pasado y nuestros derechos. Esa ausencia física, no obstante, se suple a plenitud con sus ideas y pensamientos con su legado de integridad y ejemplo que han contagiado a jóvenes y viejos diplomáticos y a todo el Servicio Exterior como institución en nuestra vocación de servicio a la Patria.

Alfredo Luna fue un hombre sabio y generoso pero no por ello menos firme en sus convicciones y creencias. Conocedor como pocos de la historia del Ecuador, circunstancia que le llevó a ser designado como Miembro de la Academia Nacional de Historia, y en especial de las peripecias y circunstancias que llevaron al penoso e injusto cerceamiento territorial de nuestro país. Ese conocimiento, junto con su sólido

formación jurídica adquirida en la Universidad Católica del Ecuador, le llevó a constituirse en un paladín de la defensa de los derechos territoriales del Ecuador. Un referente indispensable para quienes tuvimos que incursionar en el estudio y la reflexión de la historia de los límites patrios. Sus conocimientos, reflexiones y argumentos fueron difundidos a través de escritos, de la docencia, conferencias, documentos de Cancillería, de charlas y simples conversaciones.

Para llegar a ser sabio Alfredo Luna debió sumar a su inmensa calidad humana y a su sencillez una inagotable dedicación a la investigación y al estudio. Lector incansable, explorador de documentos, escudriñador de archivos, nunca dejó de interesarse en lo nuevo y en lo que siendo antiguo pudiera ser desconocido. No le temió al desarrollo de la tecnología y usó con habilidad la computadora y el Internet para saciar su sed de datos y difundir el resultado de sus búsquedas a pesar de decirse de otra generación. Toda esa información acumulada no se constituía y no se reflejaba en simple erudición, que la tenía largamente atesorada, sino en instrumento efectivo para el análisis y la interpretación que le permitiría descubrir nuevos argumentos para fortalecer la defensa de los intereses nacionales. Su sabiduría le facilitaba también conocer y tratar a las personas sin falsas

poses ni soberbia. Todo lo contrario, fue de trato fácil, todo amabilidad y cordialidad.

Para ser generoso, en cambio, Alfredo Luna no necesitó estudiar ni prepararse. Simplemente lo fue, por su estirpe y su nobleza de hombre de bien.

No ocultó sus valores, los practicó; no escondió sus conocimientos ni su experiencia, por el contrario, buscó siempre compartirlos. El egoísmo no existió ni en su vocabulario ni en su vida a pesar de que esa actitud -no puedo dejar de decirlo- no fue siempre bien pagada. La generosidad fue parte de su ser. Yo tuve la fortuna de favorecerme profesionalmente de ella. No le interesó obtener recompensas por sus actuaciones, procedió siempre como creía que debía hacerlo sin cálculos ni segundas intenciones. Fue desprendido, fue un hombre bueno. Pero fue también apasionado, apasionado de las causas justas y desde su integridad luchó por ellas.

Alfredo Luna, que nos mira a la distancia, tuvo una vida prolífica, intensa y coherente con sus ideas y con su amor a la Patria. Ochenta años de hacer el bien en todos los campos en que incursionó tanto en lo público como en lo privado. Sus familiares y amigos más próximos deben sentirse orgullosos de haber estado cerca de un hombre de excepción. Quienes tuvimos la fortuna de tratarle

y seguir su trayectoria profesional nos sentimos ufanos y, sobre todo, agradecidos. Se formó en el campo de las leyes, se graduó de abogado y de doctor en jurisprudencia, a pesar de que, salvo un breve paso por la procuraduría del Municipio de Quito, a comienzos de los años sesenta, no ejerció propiamente la profesión. Su vocación fue distinta: la investigación, la historia y la serena pero siempre firme defensa de los lindes patrios desde la trinchera de la diplomacia.

Es así como buena parte de su vida la dedicó a la indagación, argumentación y difusión de los derechos territoriales del Ecuador, tan inicua y constantemente mutilados a lo largo de la historia. No cejó, de modo particular, en su empeño por denunciar en sus múltiples escritos y conferencias, con sólidos razonamientos jurídicos e históricos, el atropello continental cometido en Río de Janeiro en 1942, cuando después de una guerra de agresión e invasión, nuestro país se vio precisado a suscribir, bajo la presión de la fuerza militar y la de toda América, el documento que consumaría el más grande despojo territorial. Al mismo tiempo y de manera paradigmática, Alfredo Luna se dedicó a defender la justicia de la causa ecuatoriana y la actuación de su tío el Canciller Julio Tobar Donoso, protagonista directo de este ingrato episodio. Sus convicciones y sus valores humanos probablemente

son los que le llevaron, concomitantemente y de forma admirable, al convencimiento de la necesidad de llegar a una paz digna y justa con el Perú. Y así fue como, sin renunciar a sus principios y razonamientos, por el contrario sustentado en ellos, tuvo una activa y capital participación en la suscripción de la Declaración de Paz de febrero de 1995 y en la preparación y desarrollo del arduo proceso de negociación que terminó con la suscripción de los Acuerdos de Paz de Brasilia en octubre de 1998, cuyo décimo aniversario se cumple precisamente en sólo tres meses.

La paz que vivimos con nuestro vecino se sustenta en mucho en el trabajo tesonero y a menudo silencioso de Alfredo Luna Tobar.

Sirvió en el exterior como diplomático. Tuvo una dilatada y fructífera carrera en el Servicio Exterior durante más de cincuenta años después de haber ingresado a ella en 1950, precisamente al llamado en esa época Departamento de Fronteras. Representó al Ecuador en Buenos Aires, Río de Janeiro y Brasilia, La Habana, Washington, Lima -como Consejero y más tarde como Embajador-, Caracas, Roma, la Santa Sede y Managua con dedicación, altura y patriotismo. En la Cancillería ocupó funciones de Subsecretario General en 1971, después de haber ascendido ese mismo año a la Categoría de Embajador, fue Director General y más

tarde Jefe de la División de Soberanía Nacional. No fue ajeno al servicio público en otros sectores como cuando ejerció el cargo de Secretario de la Presidencia de la República entre 1958 y 1960 y el de Secretario General de la Administración Pública Encargado.

Podría citar a continuación la extensa lista de condecoraciones y distinciones honoríficas que recibió a lo largo de su vida por parte de todos los países e instituciones que supieron valorar y reconocer su profesionalismo y calidad humana, pero no lo voy a hacer pues me temo que al propio Alfredo Luna, dentro de su proverbial sencillez, no le habría dado mayor relevancia. Creo, sin embargo, de mi obligación mencionar tres preseas: la Gran Cruz de la Orden Nacional al Mérito, la Gran Oficial de la Orden de “San Lorenzo” y la que ahora merecidamente recibe *post mortem* “Vicente Rocafuerte”, todas del Ecuador, su Patria, a la que entregó su lúcida inteligencia y su apasionado esfuerzo.

Tengo el convencimiento de que el trabajo de investigación y estudio, caracterizado por el rigor y la hondura, superaron su exitosa carrera pública. La impronta intelectual y cultural que nos ha dejado Alfredo Luna brilla más que su trajinar profesional y por tanto está llamada a perdurar a más en el tiempo. Adicionalmente a las cuatro ediciones de su

“Derecho Territorial Ecuatoriano”, que ya he citado, y de múltiples folletos y artículos sobre esa materia, se preocupó de la defensa de los derechos marítimos del Ecuador cuando publicó el libro “La Doctrina Marítima Latinoamericana”. En ese mismo ámbito dedicó una voluminosa “Historia Política internacional de las Islas Galápagos” publicada en 1997. Hizo y publicó importantes estudios sobre los derechos ecuatorianos de soberanía sobre la Antártica y sobre la órbita sincrónica geoestacionaria en 1982. Como historiador se interesó en la figura del Libertador cuando escribió, en 2005, “Bolívar y Ecuador” en la solidaria vinculación que existió en la época de la emancipación de España entre nuestro país y el Perú, tema al cual dedicó, en tres tomos, la obra “El Ecuador en la Independencia del Perú”, editada en 1986; y, en nuestras relaciones con el Vaticano cuando publicó “La Misión Diplomática de Sotomayor y Luna ante la Santa Sede”, en 2007.

Sus escritos estuvieron acompañados por la docencia. Fue catedrático de Derecho Territorial Ecuatoriano en la Universidad Católica y en la Escuela de Ciencias Internacionales de la Universidad Central, donde dictó también Derecho de los Tratados y Problemas Internacionales Contemporáneos. Fue profesor en la Academia de Guerra del Ejército y conferencista invitado en varias instituciones académicas civiles y

militares del Ecuador y del exterior. Su opinión fue siempre requerida en el ámbito académico para orientar a los jóvenes en su formación.

Pero no solamente los estudiantes buscaron su erudición y su criterio. Cancilleres y Presidentes se apoyaron en él para tomar decisiones en las materias tan sensibles como las que él manejaba siempre próximas a la soberanía nacional. Me consta, por que lo viví y lo relato como anécdota, cómo el Presidente Rodrigo Borja, a fines de septiembre de 1991, llamó a Alfredo Luna al Palacio Presidencial para pedirle su opinión respecto de la propuesta del arbitraje papal que expondría tres días más tarde en Nueva York.

Pide a Alfredo Luna que venga a mi despacho, me dijo el Presidente Borja, es la persona que más sabe de derecho territorial en el Ecuador; quiero comentarle sobre mi presentación en Naciones Unidas y conocer su criterio-

Recuerdo que después de la explicación del Presidente, Alfredo Luna le agradeció la confianza dispensada y le expresó su complacencia por su planteamiento. Coincidía plenamente con él y le dio argumentos adicionales para alentarle a que presente la alternativa del arbitraje del Vaticano como fórmula para resolver el problema territorial con el Perú.

Muchos ejemplos similares más, estoy seguro, se habrán producido y que yo desconozco. Este lo cito por que fui testigo.

Por lo demás, salvo una que otra rara excepción, no creo exagerar al afirmar que haya habido Ministro de Relaciones Exteriores en los últimos treinta años de su pertenencia activa al Servicio Exterior que no haya consultado a Alfredo Luna sobre temas vinculados con la soberanía nacional antes de tomar alguna decisión importante en estas materias.

Les ruego me permitan evocar mi relación personal. Tuve la fortuna de tener a Alfredo Luna como maestro, no en las aulas universitarias que no son las únicas ni tampoco necesariamente las mejores para recibir enseñanzas, sino por más de seis años en el trabajo diario, en el Servicio Exterior, siempre en el ámbito de temas vinculados a la soberanía nacional. Puedo decir con satisfacción que creo haber sido su discípulo. Aprendí de él que no es quien más alza la voz quien tiene la razón, que solamente quien más estudia se fortalece, que quien más lleno está de sabiduría triunfa en la

vida, que la sencillez supera largamente a la vanidad, que la modestia no está reñida con el sano orgullo. Fue un verdadero ejemplo humano y profesional. Me beneficié como persona y como profesional de todas esas enseñanzas y ahora lo digo con recta satisfacción y, con la eternidad de por medio, le doy las gracias.

En suma y con la mirada puesta en el futuro, en la posteridad, los grandes hombres se distinguen por la profundidad de la huella que dejan en su tránsito por la vida. La huella de Alfredo Luna es honda y nítida. Dedicó su vida a servir al país a través del estudio de nuestra historia y a la apasionada defensa de nuestro espacio territorial con consistencia y serenidad, Su carácter apacible no le impedía ser un una persona firme, convencida de sus razones y de sus amplios conocimientos. Es un desafío, al tiempo que una obligación, para quienes venimos atrás, continuar por esa difícil huella de seguir que nos ha marcado ese insigne ecuatoriano, sabio y maestro, que fue Alfredo Luna Tobar.

Gracias.